

expulsado de la revista: «...cuando la revista *Mundo Argentino* denunció la existencia de torturas, el gobierno de Aramburu, que había llegado para restaurar las libertades, no destituyó a los policías culpables de ese crimen sino que hizo renunciar al director de la revista que las denunciaba: muestra típica de la hipocresía lingüística. Porque hay torturas perversas (si son aplicadas a liberales argentinos por policías peronistas o a ciudadanos franceses por miembros de la Gestapo) y hay torturas beneficiosas (si se les aplican a meros cabecitas negras por Defensores de la Libertad, o a simples argelinos por paracaidistas que actúan en virtud del Triple Principio de la Revolución Francesa); hay bombas atroces que caen en ciudades donde se habla el prestigioso inglés, y hay bombas democráticas que sirven para devastar ciudades japonesas» (28). Este es, en fin, y ha sido siempre Sábato. El mismo que protesta puntualmente contra los golpes militares en la Argentina de 1962, 1966 y 1976. El que siempre y en todo caso ha denunciado las torturas y la corrupción. El que en 1972 y 1973, cuando el peronismo vuelve a ser un confuso movimiento, y además una moda para muchos, reitera su posición favorable al proceso de dinamización social vivido por Argentina bajo el peronismo, defiende las reformas de la legislación laboral, pero a la vez insiste en recordar los abusos del régimen, su carácter autoritario y corrupto. Este ha sido Sábato siempre. Este es el Sábato de hoy. Y algo más grave para aquellos de sus críticos que no creen en la democracia: éste va a seguir siendo hasta su muerte, y éste seguirá siendo después, mucho tiempo después, cuando las generaciones futuras necesiten tener memoria de cómo fue vivir con dignidad. Es natural («tristemente natural» como diría Jorge Guillén) que el peronismo, vivido como pasión—revolucionaria o fascista—, y es natural que el comunismo, vivido como pasión prosoviética—más o menos velada—no puedan digerir a Sábato. Sábato es indigesto porque es también una pasión: la pasión de la democracia. La indigestión es natural porque, pasión por pasión, resulta que aquella que se acoraza de consignas dictatoriales no cuenta con más miembros que los que forman las nomenklaturas, en tanto que la pasión de Sábato es compartida, ejercida o esperada sedientamente por la casi totalidad de los seres humanos que pueblan esta Tierra. Lo que ocurre, en el fondo, a aquellos a quienes encoleriza la pasión moral de Sábato, es que saben o intuyen que todos los pueblos de la Tierra son mayores de edad, que no se dejan engañar por nadie—al menos de forma duradera—si no es por la violencia o la amenaza, y que antes o después lograrán elegir representantes por plazos limitados, al mis-

(28) *Claves políticas*, pp. 97-98.

mo tiempo que abolir los caudillos, los líderes a perpetuidad y los tiranos. Que, en fin, todos los pueblos de la Tierra llevan en su memoria colectiva y en su proyecto de dignidad civil la memorable frase que Alexis de Tocqueville escribiera hace ya más de un siglo y que aún mantiene una desesperada actualidad: «Habría amado la libertad, creo yo, en cualquier época, pero en los tiempos que vivimos me siento inclinado a adorarla.»

* * *

Libertad. Pero en todas partes. Luchar por ella en cualquier lugar de la Tierra pero sabiendo que es la Tierra entera quien la necesita y la espera. Saber que al hombre que merezca ser honrado con el nombre de libre no le importa tan sólo el crecimiento moral de su pueblo sino la epifanía moral de la especie a la que pertenece. Libertad para todos, contra todos los yugos: «Quiero que nuestros países hispanoamericanos, donde se encuentra una de las más abominables miserias del mundo, puedan liberarse de los dos imperialismos, para asegurarse un destino libre, una auténtica autodeterminación. Quiero democracia con libertad y justicia social» (29). A fines del año pasado, Sábado «señaló algo acerca de un manifiesto que se proponía redactar con Vargas Llosa y Octavio Paz sobre la necesidad que tiene Hispanoamérica de no someterse ni al imperialismo norteamericano ni al imperialismo soviético» (30). «Después de tantas esperanzas frustradas, las personas como yo queremos justicia social y libertad. No libertad sin justicia social, porque entonces es una libertad ilusoria para la inmensa mayoría; ni justicia social sin libertad, porque entonces la esclavitud económica es reemplazada por la esclavitud del buró político» (31). Libertad, pues, aquí, en la Tierra, para todos y ahora. O dicho de otro modo: la pasión de la democracia. «¡Basta! El único régimen compatible con la dignidad del hombre es la democracia.» (*Diario 16*, 9-V-1982.) Basta, pues. La intención de estas páginas era la de honrar y celebrar la larga marcha de un demócrata a lo ancho de su extensa vida por entre los barrancos de sucesivas tiranías. La intención de estas páginas era la de proclamar admiración y gratitud a un hombre profundamente preocupado por la desgracia múltiple del mundo, y sostenido por la energía de su corazón inexorable y mundialmente solidario. La intención de estas páginas era la de contribuir a que sepamos que en la palabra Sábado (una palabra inscrita ya en la historia del lenguaje mo-

(29) *Diario 16*, Madrid, 9 de mayo de 1982. Reportaje de Diego Mileo.

(30) *ABC*. Reportaje citado, Madrid, 14 de diciembre de 1982.

(31) *El País*, Madrid, 25 de julio de 1982. Reportaje de Angel Leyva.

ral) podemos y debemos reconocer a un testarudo esfuerzo que desde hace decenios empuja, con desesperación, con trabajo y ternura, con cólera y con llanto, la puerta tras la que empieza el porvenir. Las mujeres, los hombres, los ancianos, los niños, las multitudes de la Tierra, soñamos con un porvenir en que los héroes ya no sean necesarios y en que los mártires no sean más que el escalofrío de un pasado imperfecto y desventurado. Soñamos con un porvenir donde la dignidad y la sinceridad ya no merezcan el elogio de nadie, porque ya nadie carecerá de ellas. Soñamos con un porvenir que pueda prescindir de seres excepcionales y ejemplares, porque ya todos lo serán. Pero sabemos, a la vez con amargura y con alivio, que sin seres ejemplares y excepcionales del tamaño de Sábato, ese porvenir luminoso no llegaría jamás.

FELIX GRANDE

Alenza, 8, 5.º C
MADRID-3